

ESPAÑA Y LA TERMODINÁMICA. LA MUERTE DE LA HISPANIDAD

Juan José Sánchez Inarejos
Universidad Politécnica de Madrid

Cercano el dos de mayo nos ponemos a hablar, compartiendo tópicos y errores, de España y de la libertad. De entre esos errores, el mayor de ellos es el que sostiene que desde 1808 la nación española se ha reafirmado, cuando lo cierto es lo contrario: desde aquella fecha España se ha ido desintegrando progresivamente hasta casi desaparecer.

Los datos objetivos son más que evidentes: a comienzos del siglo XIX, todas las repúblicas hispanoamericanas de hoy eran España. Y todas ellas, renegaron de España, lo que, a última hora, era también, renegar de sí mismas. Intramuros de la península las cosas tampoco han evolucionado hacia la reafirmación de la hispanidad: si Cataluña, País Vasco, Galicia y, si me apuran, Cartagena, no son repúblicas independientes es por pura casualidad, torpeza o cabezonería de unos u otros.

Creo que ya es hora de poner en claro qué es lo que ha pasado con España y la Hispanidad. Quitarnos lastres y errores, recoger del pasado las verdades que encontraron nuestros abuelos y encarar el futuro con fundada ilusión.

¿QUÉ SON LAS NACIONES?

Las naciones son entes multi-individuales. Son una especie de macro-individuos compuestos por la agrupación simbiótica de otros individuos más simples y con funciones complementarias. Las parejas, tanto humana como animal (las humanas se llaman matrimonio), son el precedente más claro y próximo que ayuda a comprender la existencia, muchas veces puesta en duda, de las naciones.

Una pareja humana es más que la suma de sus dos componentes tomados aisladamente. Cada uno tiene una función que complementa la del otro, y entre los dos se establece una unión simbiótica que le permite al individuo conjunto alcanzar metas imposibles para los individuos aislados. La reproducción es el precedente biológico de la pareja. Pero lo que consigue la pareja va más allá de la reproducción. Lo mismo que la unión simbiótica que constituye la nación va más allá de donde puede llegar la pareja.

Se trata de una simple verdad “termodinámica”: juntos, compartiendo funciones complementarias, se llega más lejos que si cada individuo tiene que hacerlo todo él solo. Éste es el secreto de los entes macroindividuales: compartir lo que uno tiene con quien carece de ello. Pero precisamente por esto mismo, no hay pareja ni nación cuando los individuos son exactamente iguales o no tienen nada complementario que compartir. En ese caso las relaciones entre esos individuos semejantes serán de competencia, rivalidad o, incluso, de hostilidad.

La complementariedad es pues decisiva en las parejas y en las naciones. Lo ideal sería que todos los individuos de la nación fuesen complementarios, es decir, que no existiesen, como en efecto así ocurre, elementos superfluos. Las agrupaciones animales solucionan esa contrariedad de forma inmisericorde: expulsan del grupo a los individuos que no tienen función que desempeñar. Ése es el caso de los machos jóvenes de muchas especies de mamíferos gregarios; una manada de leones por ejemplo no sabe convivir con varios machos activos sexualmente. De forma que expulsa a los redundantes. En las naciones ocurre lo mismo: no puede haber dos Gobiernos, o no haber Gobierno

alguno, ni todos pueden ser dirigentes y ninguno siervo, etc. Y cuando hay muchos que quieren gobernar se expulsa a los que tienen menos vigor (hoy democráticamente, ayer y hoy por la mañana violentamente).

EL ÉXITO DE LAS NACIONES

Si la unión simbiótica de individuos es eficaz; la pareja, la nación o la civilización alcanzarán objetivos vedados a los individuos aislados. Se tendrán hijos, redes de carreteras, lenguas y religiones, mitos y leyendas, etc. Y, naturalmente, se disfrutará, se celebrará y se tratará de perpetuar ese éxito.

Obviamente, si la pareja o la nación no tienen ni un solo éxito, no ha lugar a perpetuar nada. Será una unión infructuosa, un camino evolutivo extinto; algo de lo que difícilmente quedará vestigio.

Pero si un grupo humano conquista un entorno geográfico, se establece en él y logra desarrollar una forma de vida estable de gran calidad (al menos en comparación con las formas conocidas anteriormente), tratará de conservar y proteger esa conquista que, además de permitirles acceder a servicios y bienes de alta calidad, les ensanchará el alma y les permitirá ser felices.

Cuando un pueblo es feliz se vuelve poeta, canta, pinta, escribe y, sobre todo, construye. La arquitectura urbana es quizás el síntoma más claro que delata el grado de autosatisfacción de un pueblo. Los palacios o las casas humildes, los jardines, los patios, las fuentes, los pozos, los chalets o las casas de campo, las plazas y calles, las ciudades o las huertas muestran la tendencia a dar por definitivo y eterno lo que fue sólo un avance, quizás heroico, pero parcial, en la evolución humana.

La razón es simple, cuando se construye una casa se hace con la intención de que sirva para toda la vida, incluyendo en esa vida la propia y la de varias generaciones futuras. Un campamento militar, por importante e imponente que sea, es algo que normalmente ni siquiera sobrevive a la contienda bélica por la que se crea. Es como el caballo de Troya, su vida efectiva fue de sólo una noche. En cambio, cuando un hombre construye su casa, su intención es la de establecerse en ella para el resto de su vida. Y si la casa lo permite, es muy posible que sirva de habitáculo para quien la construye y para muchos de sus descendientes durante varias generaciones.

LA MUERTE DE LAS NACIONES

Pues bien, las ciudades, las naciones, las familias o las parejas (también las empresas) propenden, como cualquier otro individuo, a perpetuarse a sí mismas, a aprovecharse de las ventajas que la asociación que las constituye les da, y a disfrutar de ellas. Pero esta forma de comportamiento, en apariencia inocua, es en realidad la causante de la destrucción del individuo que la practica.

Vivir para disfrutar del paisaje, de la casa solariega, de la pareja, de los hijos y nietos, es como un manjar envenenado; dulce mientras se come, pero finalmente mortal.

La explicación de esta paradoja es simple. Cuando un organismo multiindividual trata de perpetuarse a sí mismo sólo tiene una forma de hacerlo: ha de transmitir lo que sabe a un solo individuo. Las parejas por ejemplo, engendran hijos a los que transmiten su heredad. Si un padre logra durante su vida construir un palacio, al punto de morir no lo destruye, sino que lo entrega íntegro a su hijo. Éste, y no otro es el secreto del progreso; si los hijos tuviesen que repetir todo lo que sus padres hicieron no tendrían tiempo para hacer nada nuevo.

Con las naciones ocurre lo mismo. Cuando una generación da el relevo a la siguiente no destruye lo que ha sido la labor de su vida: una carretera, una biblioteca, un restaurante, una canción, un poema, un estilo de vida... Sino que todo es heredado por la nueva generación. La cuál, ha de elegir entre cuatro posibilidades:

- Renunciar a la herencia
- Gastar lo heredado sin aumentarlo
- Aumentar la heredad sin usarla
- Usar lo heredado al tiempo que se buscan cosas nuevas.

Naturalmente, la única opción que asegura la continuidad del individuo global es la última: utilizar lo que nuestros padres nos dieron para dar un paso más. No se trata tanto de aumentar el patrimonio heredado sino de invertirlo y sacarle partido. Tampoco es cuestión de despilfarrar toda la energía disponible en diversiones improductivas, ni de enterrarla para que nadie la utilice.

En definitiva, la única forma de que los seres multiindividuales sobrevivan es el progreso continuo, lo que a su vez implica una inevitable especie de autoinmolación en aras de ese progreso.

APLICACIÓN A LA HISPANIDAD

Si con estas ideas en la cabeza repasamos la vida de España como ente multiindividual nos encontraremos en primer lugar con su nacimiento, ocurrido como es bien conocido, a finales del siglo XV con la unificación de los reinos de Castilla y Aragón y el descubrimiento de América. Si nuestra teoría es correcta, se debió producir entonces la unión simbiótica de elementos complementarios que permitió a los asociados alcanzar cotas de poder y conocimiento a las que nunca hubiesen llegado aisladamente.

Y precisamente eso fue lo que ocurrió. La unión social, política y militar, incluso biológica, que simbolizan los Reyes Católicos fueron las que crearon al ser multiindividual hispánico. Allí nació el primer Estado moderno: España.

El siguiente paso fue la eliminación de los elementos redundantes. El nuevo individuo había optado por ser católico de forma que hubo de expulsar a quienes no compartían esa apuesta vital: judíos y moriscos.

Lo que a continuación se debe observar son las consecuencias positivas del nacimiento de la forma de ser española; sus éxitos y progresos. (Si en vez de éxitos apareciesen fracasos, querría decir que la nueva forma de vivir habría arraigado con fracasos vitales, lo cual, es imposible). En el caso español sus éxitos son el descubrimiento, la conquista de América y la expansión por Europa. Además, España fue un invento copiado y extendido por todo el mundo cristiano, y posiblemente también, por el mundo islámico y oriental. (Finalmente todas las naciones del mundo se han organizado en Estados).

El siguiente paso debió ser un largo periodo de ensimismamiento y felicidad: los trescientos años de vivir a la forma española de los siglos XVI, XVII y XVIII constituyen ese feliz periodo, previos a su desaparición o evolución.

La forma de vida hispánica fue un avance extraordinario con respecto a la forma de vida medieval, pero obviamente no era perfecta. Empeñarse en mantenerla sin cambios era suicida. De forma que, inevitablemente, después de tres siglos de “felicidad” alguien debía dar el siguiente paso. No fue en España donde se dio, fue en Francia.

Ineluctablemente la Revolución Francesa tuvo lugar. Los hijos de las naciones se hicieron mayores de edad y reclamaron su derecho a una mayor libertad. Lo que hasta entonces había sido patrimonio exclusivo de las naciones (simbolizadas éstas en sus Estados), en el transcurso de cien generaciones (tres siglos), había pasado a los individuos, lo cuales, eran ahora capaces de realizar, aisladamente, funciones que antes sólo podían llevar a cabo con la ayuda de la nación entera.

Quizás el primero en darse cuenta de esta corrección fuese el propio Luis XIV cuando decía aquello de “le Etat c’est Moi”. El Estado que había sido inventado y probado en España y exportado a todo el mundo, quizás desde Salamanca, como una forma de vida más individual pero aún muy colectiva, sufría una mutación sustancial. Ya no era necesario el rey para que el Estado funcionase, bastaba con un Contrato Social. Se trataba de una nueva versión del Estado descubierto por los Reyes Católicos y consolidado durante 300 años. El ser humano había crecido, era mucho más sabio y libre y, aplicaba esa libertad en un nuevo modelo social.

Los españoles no anduvieron ágiles en aquella ocasión. Seguramente no pudieron hacer otra cosa. El caso es que muchos de ellos se resistieron con uñas y dientes a los vientos de libertad que venían de Francia. Como en tantas ocasiones antes y después de entonces (Irak, Vietnam, Cuba...) se pretendió implantar la libertad a cañonazos, lo cual siempre es garantía de fracaso. Si Napoleón no hubiese tratado de acelerar el proceso a golpe de tambor y guillotina quizás la modernidad y la libertad hubieran arraigado en España.

La Hispanidad se destruyó a sí misma en 1808 tratando de mantener una antigualla que era preciso modernizar. Los españoles de América fueron los primeros en apartarse de la obcecación peninsular, pero a pesar del empeño de Bolívar no tuvieron el valor suficiente para recuperar el concepto de nación que habían inventado los Reyes Católicos. Quienes sí lo consiguieron fueron los norteamericanos, ellos crearon libremente un ser multiindividual que integró simbióticamente los esfuerzos complementarios de tantos estados. Al contrario de lo que entendemos en Europa, para los norteamericanos la nación no es el terruño, la aldea, el valle remoto, a eso ellos lo llaman *country*, y siendo algo importantísimo no es, ni de lejos, comparable a la nación americana: ese ser multiindividual que les ha hecho progresar de forma extraordinaria.

También ellos debieron expulsar a quienes no compartían su nación. Y por ello exterminaron a las naciones indias y derrotaron en una sangrienta guerra civil a los Estados Confederados. Desde entonces han vivido dos siglos de felicidad.

Los mejicanos, argentinos, venezolanos o cubanos no supieron crear nada parecido a lo que sus vecinos del norte sí consiguieron: inventar un ente supraindividual que los protegiese y liberase. Seguramente porque la herencia española era muy fuerte. Y aunque se liberaron de la “tiranía” del rey absoluto, no fueron capaces de liberarse de la tiranía mental que la forma de ser hispánica había gravado en sus entendimientos. Dejaron de ser súbditos de Fernando VII y pasaron a serlo de Porfirio Díaz, de Pinochet o de Batista. De hecho, la idea de que los hispanos eran pueblos incapaces de ser libres por sí mismos ha sido comúnmente admitida hasta el 23 de febrero de 1981. En esa fecha se malogra en España la última intentona de regresar al antiguo régimen hispánico. Por el empeño de muchos y por el gesto del rey aquella noche se firma el certificado de defunción de la antigua Hispanidad. Fue aquel día en el que el mundo hispánico (España e Hispanoamérica) ingresa definitivamente en la modernidad a la que se había resistido con uñas y dientes durante dos siglos; los intereses pagados por la demora: miles de muertos en innumerables guerras civiles entre las dos Españas, tanto en la península como en ultramar.

Por fin hemos crecido, la presión del pasado ha sido muy fuerte, porque muy fuerte fue el carácter y la personalidad de nuestros padres hispánicos. Nos ha ocurrido lo mismo que a la mayor parte de los hijos de grandes personajes históricos, que viven acomplejados por la sombra de sus progenitores. Pero finalmente nos hemos podido liberar de esa tiranía exasperante que nos obligaba a no crecer, a ser igual que nuestros padres, a renunciar a nuestra parte de gloria y de libertad.

Mas para dar el siguiente paso no podemos despreciar sin más la herencia recibida, sino hacer uso de ella. Como decía más arriba no se trata de ensimismarse en las glorias de antaño, renegar de

ellas o exprimir las hasta su agotamiento. De lo que se trata es de perpetuar a los que nos inventaron haciendo germinar su legado.

Necesitamos recuperar la magia que hace al amante saber que existe más allá de su piel, en el amado. La magia y la ingenuidad que permitió a los padres de la nación española o norteamericana saberse miembros de ese ente multiindividual en constante evolución que hemos llamado nación.

Se trata de certezas muy hondas y sensibles, próximas a las pasiones y a las religiones. Por eso es que la historia de las naciones está asociada a las creencias y a los sentimientos irracionales. Ése es el motivo por el que muchos han asesinado, torturado, esclavizado o exterminado (en el mejor de los casos expulsado) a quienes no compartían su idea de nación. Algo también muy próximo a lo que hoy llamamos violencia doméstica, terrorismo independentista o integrismo racial: proyectos de entes multiindividuales que se malogran.

En cualquier caso, por lo que a los españoles respecta, una cosa está muy clara: la Hispanidad de antaño ya no existe, la hemos quemado para obtener un poco de calor que nos permita inventar una nueva nación que nos emocione y conmueva hasta el extremo de creernos la misma cosa que creen ser catalanes, escoceses, vascos, marroquíes, eslovenos, palestinos, fineses, cubanos, chilenos, chinos o hindúes. Quizás tengamos éxito o no, dependerá de nuestro arrojo y valor, pero lo que es seguro es que ya no hay posibilidad de volver atrás.